

TU

Al centro de un misterioso carrusel, no puedes adquirir conciencia. De nada. Menos de ti mismo. ¿Estás en pie? ¿Sentado? ¿Quieto? ¿Giras? ¿Circulas en órbita de algún extraño planeta? Todo pasa veloz junto a ti. Los edificios rondan en torno tuyo. Piruetean absurdamente los peatones. Se balancean los automotores, al revés. Todo anda al revés, por las nubes. Sobre las nubes. El cielo es de asfalto y el piso de estrellas. Las estrellas son radiantes y profundas. Del cielo negro están prendidos los postes de la luz. También los rasca-cielos penden del cielo negro. Las gentes caminan colgadas del techo de asfalto, con sus indignas cabezas hacia abajo. Andan como hormigas bajo los puentes. Las gentes deben tener goma en los pies. Si no, se desprenderían del cielo negro. Y caerían al piso celestial. La luna riela en el piso espumoso y se refleja en el cielo de asfalto. El piso blanco, el cielo negro. Los vampiros revolotean por todas partes. Bajan hasta el piso nebuloso y suben al cielo material, concreto. Es triste la noche, porque la luna alumbraba de abajo para arriba. El “abajo” es claro y el “arriba” es oscuro. Cielo negro. Piso blanco. Hasta tú mismo, al centro del carrusel, estás invertido. Necesitas una profunda transformación.

EL

Había consumido su niñez entre cuchillas, martillos, agujas, cueros. Junto a un cajón elevado a la categoría de mesa de taller. Su juventud había madurado frente a la máquina: gigante de acero. Gigante que hace todo a la perfección. Solo un defecto le señalaba él. Su padre había construido miles de zapatos completos, acabados, mientras vivió. La máquina no era capaz de hacer del todo ni siquiera uno solo. Simplemente cosía suelas. Clavaba tacones. Refilaba el cuero. Y él, tan pleno de juventud, no tenía que hacer nada. O casi nada. Solo observar el trabajo del gigante. Graduar sus puntadas. Conectar la corriente o desconectarla. Disminuir su velocidad, al entregar turno. O aumentarla cuando lo había recibido. Ese aparato de acero era una maravilla. Pero no podía hacer, como su padre y como él mismo, toda una obra completa. Una máquina cortaba el cuero. Otra lo refilaba. Una tercera lo cosía. Así hasta producir centenares de zapatos en una hora. Con todo, había creído que su padre y él mismo eran superiores al artefacto monstruoso. Aunque no se atrevía a comentarlo con nadie. Entre otras razones, porque a los exiliados no les estaba permitido hablar de política. El estado de sitio lo establecía así. Muy bien recordaba lo que fue la maldita po-

lítica. La llegada de los violentos al villorrio. La madrugada en que tuvieron que abandonar su cueva entre las llamas. El silbo de las balas en medio del incendio y en todas direcciones. Menos mal que él había salido con vida. Que no corrió la suerte de su padre. Pero... ¿qué? ¡No! De esto... ¡ni hablar! ¡Ni pensarlo! Por eso había tomado la determinación de callar. Le podría costar el puesto en la fábrica. ¡Y eso nunca! Había resuelto no hablar... Y no hablaría.

YO

Sin una idea exacta de mí mismo, doy un traspies en la calle. Al levantar la mirada veo a un obrero con un pan al hombro. El pan es enorme. Grandísimo. Alcanzaría bien para el desayuno de toda la fábrica. Me lo quedo mirando embelesado. Se queda mirándome. ¿Quién mira a quién? Es un acto mutuo, simultáneo. El pan se bambolea al paso del obrero que lo lleva auestas. El pan es su cruz. Una gran cruz. Se retuerce desesperado este bendito pan. Parece que no le gusta ir en hombros. ¿Preferiría ir en el estómago? Hace muecas de descontento, aburridísimo. Tal vez quiera caminar por sí mismo. Quizás él desea cumplir su misión sobre una mesa. Mueve la punta trasera, lo que creo sea su cabeza, en vaivén. Rítmicamente. A veces se asemeja a una gruesa serpiente: gorda y corta. Lo veo culebrearse. Me parece que me llama. ¡Lo oigo hablar! “Sígueme”, dice. ¿Cómo? ¡Sí! ¡Sí! Me está llamando. Hace señas dirigidas a mí. “Ven acá”, dice. Escucho la voz algodonosa del pan, que me reclama. Vacilo entre seguir tras él o quedarme bostezando. Un instante me detengo en la esquina. ¿Lo seguiré? ¿Lo sigo? Me resuelvo, al fin. Correré. Correré hasta alcanzarlo. Pero no. Aún continuo estático. No tengo alientos de andar. Lo invito a quedarse conmigo, a compartir mi suerte. Le hablo y le hago señas. Nada. Comprendo que no me entiende. Echo a andar. Doy largas zancadas. Le daré la mano. Hago alto. ¿Cuánto hace que mi mano no sabe lo que es un pan? No recuerdo. Avanzo temeroso. ¡Espéreme! ¡Espéreme! El pan me sonrío. Aunque no se detiene. No me espera. Ahora ríe a mandíbula batiente. Yo no puedo reír. Ya no tengo risa. Debiera bajarse del hombro del obrero. ¡Debiera venir a mi encuentro! Apreuro el paso. Lo veo alejarse. Sigue riendo el pan sobre el hombro del obrero. Sigue adelante. No me espera. ¿Se ríe de mí? ¡De mí no se ríe nadie! ¿Quién va a reírse de mí, si nadie me determina? ¿Qué digo? Sí. ¡Sí es de mí! ¡Ríe conmigo! Corro en pos del pan. ¿Huye? ¡Huye! ¡Desaparece! ¡Carajo! Pues espéreme y le ajusto las cuentas. ¡Canalla! Todo sigue igual. Como antes. “Miserable”, oigo que me dice sin dejarse ver. Grito: ¡miserable!

Al doblar la esquina veo una puerta grande. Elegante y lujosa. Intento pasar por ella. Pero una voz me detiene. “Usted, zarrapastroso, no puede entrar”. Veo un hombre uniformado que mueve los labios. “Este es el Banco del Estado”, y el hombre de uniforme desaparece. Ya no hay nadie cerca de la puerta. Intento entrar, pero no puedo. Algo me falla, me lo impide. Las piernas no me obedecen. Sigo arras-trándome, de largo. No sé hacia dónde voy. Cierro los ojos, porque no he dormido en varias noches. Entre nebulosas veo un gran billete de banco en el suelo. ¿Se le ha caído a alguien? ¿Quién lo habrá perdido? Detengo mi marcha para observar bien. Sí, es un billete. Es dinero. No intento recogerlo. Doy un paso atrás, asustadizo. No le despinto la vista. Veo que se esponja. ¡Se agranda! El billete empieza a moverse como flotando sobre el agua. Me parece que lo estoy viendo nadar. De pronto se mueve. Ahora hace un intento de vuelo. Se levanta de un extremo, a medias. Luego se alza hasta er-guirse del todo. En este instante lo veo en pie. Perfectamente en pie. El billete rompe marcha ante mi vista. Quedo alorado. Contemplo cómo mueve sus débiles pies y agita sus manos frágiles. Es de puro papel. Lo persigo sin parpadear, sin tomar aliento. Veo que mueve la cabeza. Abre la boca: ¡me está hablando! No oigo su voz, pero sé lo que me dice: “¡Aguárdame!” “¡Estoy hastiado de bolsas mu-grientas y avaras!” Casi escucho su voz financiera. Me quedo en suspenso. Otra vez sé lo que me está diciendo: “¡Tómame para ti!” “¡He sido hecho para servir!” Yo no puedo moverme. El billete si-gue hablándome: “¡Guárdame en tu pobre bolsillo!” Permanezco inmóvil. Ya escucho su voz con claridad. Sigue hablándome: “Cám-biame por un pan”. Doy unos pasos ciegos. Intento retroceder. Ahora oigo un grito feroz: “¡Sálvame!” Pero yo continúo sombrío, inmaterial, hechizado.

EL

Había estado laborando durante varios años en la fábrica. Como pudo, entregó lo mejor de sus años. Toda su juventud. Su madurez. Ni pereza ni mala voluntad en su trabajo. Sus primeros pensamien-tos habían sido para la empresa. Todos sus buenos deseos circularon en función de su ensanchamiento. Sus pensamientos mejores tendie-ron hacia aquella prosperidad, hacia el incremento de las utilidades ajenas. Hasta había comparado el porvenir propio misérrimo, con el de la fábrica. Había sido demasiado ingenuo. Le parecía que él y la empresa eran una misma cosa. Con ella se identificaba del todo. Ni siquiera había tenido sueños al margen de la “Compañía Zapa-tera, S. A.”. Antes del día que lo despidieron, él no se permitió un

mal pensamiento. Solo reflexionaba, para sus adentros: “Yo no tengo la culpa de haberme puesto pálido y de haber perdido mis fuer-zas y mi ánimo para el trabajo”. Con esto se había consolado. Nunca habría, pues, de saber la causa de su despido. Meditaba. Había medi-tado tan solo. “Si me hubieran mandado a tiempo donde el médi-co, quizás. . .” De todos modos, él tuvo que deambular en la cesantía de aquella cruel ciudad. Y el hambre lo habría de convertir en visio-nario. Soñador alucinado.

USTED

Está y no está en su puesto. Mide la acera de cemento. La mide con pies lentos, sin ritmo. Clava su mirada en el suelo. Ve pasar bajo sus plantas el desfile diario de las pequeñeces urbanas. Papeles arru-gados. Corteza de frutas en sazón. Politiqueros borrachos. Escupi-tajos viciosos. Poetas centenaristas o románticos. Excrementos y gui-jarros. Generales ociosos. Polvo callejero de vientos nuevos. Mona-guillos y mercenarios. Voceríos renovadores. “Junto a lo malo se encuentra lo bueno”, sueña. Levanta los ojos a la brisa. Pone su oído al viento. Sintoniza en onda larga a la ciudad. Voces fervoro-sas. Cantos esperanzados. Palabras de consuelo humano. Impreca-ciones también. Gritos de libertad. Ha desvariado. Se despabila un poco. Empieza a volver en sí. “Todo parece un sueño”, piensa. Desemboca en la realidad, en su extraña realidad. “Yo no conocía el mundo, mi mundo”, piensa. Alza los brazos emocionado. Agita sus manos recuperadas. Mira largo y alto, por encima de las cúpulas y rascacielos. Otea hacia su propio destino. “Es como una pesadilla”, cree. Sonríe para sí mismo, por primera vez. ¿Quiénes son estos fan-tasmas que transitan junto a mí?, medita. Se asusta ante su propia voz. Le parece demasiado limpia, demasiado pura. De repente vuelve a su negrura. Bosteza. Sigue desvariando. Todo, porque los obreros deliran en pie.

TU

De tu mágico estado de encantamiento habrás de ir saliendo a empujones. Oirás un murmullo marino, como rumor de aguacero próximo. Casi una sinfonía de abejas en colmena musical. Así po-drás entrar en el pétreo reino de tu propia vida. El reino de los fantasmas de carne y hueso. La realidad de tu siempre destino. Así lograrás ser. Ser tú mismo. Auténtico. Lo que fuiste, lo que eres, lo que serás. La sinfonía irá *in crescendo*. Sus notas han de ser sonidos humanos. Lo que escucharás luego habrá de ser un babel gangoso.

Posteriormente será un vocerío febricitante. Una gritería en delirio. Correrás a la bocacalle. Te sorprenderás. Al contemplar el espectáculo has de quedar extasiado. Maravillado. Has de transformarte. Te iluminará un rayo de sol matutino. Todos tus hermanos avanzarán por la avenida en actitud arrolladora. Podrás hacerte a un lado: asumir el escape o la defensiva. Pero has de hacerte presente. Decidirás no esconder el bulto. Ocuparás el centro de la avenida, con tus brazos por bandera. Has de esperar tranquilo, confiado, el avance de la multitud. Escucharás con lucidez de nunca. Oirás los gritos multiplicados. “¡Abajo el hambre!” “¡Viva el trabajo!” Estas consignas han de fortalecer tu ánimo. Serás solo coraje. Por primera vez podrás ver, a conciencia, tu propia suerte. Vociferarás a todo pulmón: “¡Viva!” Y sentirás que has crecido sobre ti mismo. Te hallarás omnipotente entre los otros obreros. Habrás de notar que los manifestantes visten todos de overol. Instintivamente mirarás el tuyo. Te sentirás hombre de verdad. “Se han sublevado los overoles”, sabrás entonces. Te dejarás tragar por la oleada humana. Y marcharás con los overoles de la vanguardia.

ARTÍCULO ORIGINAL

El artículo original, que forma parte de un libro de poemas, describe una experiencia de participación social y política. El autor narra cómo se involucra en un movimiento de protesta, sintiendo un sentido de pertenencia y solidaridad con los demás. Describe la intensidad de las emociones y el impacto que tiene la participación en la vida del individuo. El texto refleja un momento de transformación personal y social, donde el individuo encuentra su voz y se compromete con una causa común. El lenguaje utilizado es poético y evocativo, buscando transmitir la experiencia de manera vívida y emocional.

NOTAS DE ACTUALIDAD